BIBLIOTECA LIGERA PARA USO DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

XLIII.

Principio y fundamento.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO.

Que estoy en el mundo, es innegable; que para algo estoy en él, lo es también.

Porque es evidente. Si las ciencias naturales nada han hallado sin un objeto y sin un fin en la variadísima é innumerable colección de seres que pueblan el universo, claro está que el hombre, rey de él, ser de todos los seres visibles, el más noble y el más perfecto, no fué echado al mundo al acaso, ni debe vivir al acaso, ni al acaso ha de morir.

Para saber esto no necesito la teo-

logía: me basta el sentido común. Ahora bien. Supuesto que lo más cierto que sabemos del hombre es que nace, vive y muere, lógico es deducir de aquí que para algo nació, para algo vive y para algo ha de morir.

¿Cuál puede ser ese algo? Aquí de los caletres desvariados de los mortales urdiendo teorías é hilvanando sistemas.

Al sensualista le parece que se nace y se vive únicamente para gozar. Admitámoslo por un momento. Pero díganos entonces el interesado: ¿Y para qué se muere? Claro está que no se muere también para gozar, pues nadie halló hasta hoy que el morir fuese cosa medianamente divertida. Tenemos, pues, que el *fin* del sensualista no es tal fin, pues no abarca todos los actos del hombre, supuesto que no entra en él el tan importante que se llama morir.

Parécele al otro que el fin del hombre debe ser el saber. Mas entonces si para saber únicamente se nos puso en el mundo, fué éste un fin que el mismo que nos lo señaló púsolo fuera del alcance de la mayoría de los mortales, en lo cual claro está que habría contradicción. Porque si para eso nos colocó en el mundo, y luego puso eso tan alto, tan alto, que para la generalidad de los hombres fuese inaccesible, sin disputa, ó quiso miserablemente engañarnos, ó fué El mismo miserablemente engañado. Porque la ciencia es cosa de pocos, y aún la de estos pocos en tan menguada suele parar, que los más sabios acaban al fin por declarar sin vergüenza que sólo una cosa saben, y es que no saben nada.

No es, pues, el fin del hombre el placer, ni es la ciencia. No es el goce grosero de la materia, ni es el goce

más refinado, sí, pero limitado también, de la inteligencia.

¿En qué consiste, pues, nuestro fin? ¿A qué estamos en el mundo? ¿A qué se nos puso en él?

Un librico de pocas páginas, pero de mucha substancia; un librico que saben casi todos los niños, y que olvidan con sobrada frecuencia casi todos los hombres; un librico, que, con ser muy pequeño, deja pequeños y tamañitos en su comparación los más grandes y remontados de los filósofos y legisladores, ese librico que se llama *Catecismo* tiene en su primera página una pregunta y una respuesta, en las cuales se propone con franqueza el tremendo problema, y con igual franqueza se resuelve.

«¿Para qué fin, dice, fué criado el hombre?» y responde incontinenti: «Para amar y servir á Dios en esta vida, y verle y gozarle en la otra.»

A muchos hará reir la ocurrencia del que les sale ahora con el *Catecismo*, cuando esperaban sin duda una respuesta sutil, traída allá de las nubes, cuando no es ella sino muy profunda y á la par muy sencilla, y traída del cielo por conducto del Hijo de Dios, que para eso solo se dignó descender de él. Rían en hora buena, pero escuchen. Sí, distraídos y sabiondos, así los que tratáis únicamente de divertiros, como los que anheláis únicamente el saber; así los que encenagáis vuestra carne en los albañales de la materia, como los que asfixiáis vuestro espíritu en las áridas regiones de la vana ciencia sin Dios. Dios, que es el único principio del hombre, ese es su único fin. *Por* El nació el hombre, *por* El vive, y *por* El ha de morir. Es, pues, lógico que también *para* El nació, *para* El ha de vivir, y *para* El debe prepararse á la muerte.

Notad las dos preposiciones gramaticales que he subrayado. Aquel *por* es la razón de este *para*. Más claro. Puesto que *por* Dios somos, síguese de ahí con rigurosa necesidad que únicamente *para* Dios debemos ser. Que si *por* nosotros mismos fuésemos, es decir, si á nosotros mismos debiésemos la existencia, lógico fuera y razonable que *para* nosotros mismos viviésemos. Más sencillo. Podríamos ser nosotros mismos nuestro único fin, cuando fuésemos nosotros mismos nuestro único principio.

Tras esto, ¿no os suena á blasfemia el grito de: Viva la libertad? Pues blasfemia es, y satánica blasfemia. Es el eco del *Non serviam* de Luzbel.

De dos maneras dependo de Dios. De El porque no salí más que de El; de El porque no debo existir más que para El.

Y como de El salí todo, para El debo ser todo, sin que parte alguna de mi ser me sea lícito dirigirla únicamente á mí con exclusión de El, puesto que ninguna parte de mi ser deja de pertenecer á El.

Todo, pues, pensamientos, palabras y obras, afectos y deseos, salud y enfermedad, vida y muerte, debe enderezársele á El, so pena de cometer contra El hurto, traición, negra ingratitud y alevosía.

Todos, pues, gobernantes y gobernados, letrado y artesanos, niños y viejos, humildes y pontentados, el hombre en cuanto particular y en cuanto ciudadano, la familia y el Estado, el precepto doméstico y la ley pública, deben ser principalmente para El, y á El primariamente dirigidos, y á El en todo subordinados.

—¡Teocracia pura! exclama alarmado un bobo.

—Sí, señor; teocracia pura, ya que le place á V. hablar como D. Hermógenes en griego para mayor claridad. Teocracia pura, más pura verdad. Teocracia pura, que significa *reinado de Dios*, por si V., señor ilustrado, acaso no lo sabía.

Reinado de Dios en el hombre, reinado de Dios en la sociedad, reinado de Dios en todo, porque de todo, del hombre y de la sociedad, es Dios el único legítimo fin, porque de todo es el único verdader principio.

Nadie podrá negar esto en buena lógica, como no sea empezando por negar la existencia misma del Ser Supremo. Por esto no hay revolucionario alguno que sea consecuente si no parte de esta fundamental negación.

Pocos son, no obstante, poquísimos los que en este punto tienen el valor de la franqueza; por esto son tan po-

cos los consecuentes. Lo más comun, porque es lo más cómodo, es, no negar á Dios, sino desentenderse de El: el ateísmo crudo en la vida privada como en la pública es todavía cosa poco decente, y sobre todo poco conservadora. Es de buen tono hoy por hoy (de mañana no sabemos) creer todavía *algo* en Dios, lo suficiente para no faltar á las conveniencias sociales, no tanto empero que llegue á mortificar imponiendo serios compromisos. De esta suerte Dios para muchos católicos viene á ser una especie de rey que reina y no gobierna; más bien símbolo que realidad, mera figura decorativa de cierto órden arquitectónico de cosas; simple coronamiento exterior del edificio, no piedra angular de él, ni siquiera pilastra central ni siquiera viga maestra. Déjanle solo allá en la soledad de su palacio de nubes

gozar de su felicidad celeste, á condición de que no perturbe la suya terrena con enojosas é intempestivas exigencias; que dicte á su placer leyes sobre los movimientos de los astros y el curso de las estaciones, pero que no se mezcle para nada en el gobierno de las voluntades ni en la dirección de las costumbres. ¿No oís cada día por ahí que os dicen con candorosa sencillez, que de todo tiene menos de candorosa y de sencilla: «¡Pues señor! ¿qué tiene que ver la Religión, v. gr., con la política? Cosa allá de los neos que todo lo mezclan y confunden para sus fines bastardos.»

Pues bien. Este ateísmo solapado, este ateísmo vergonzante y *comme il faut,* es el que trae perdida á la sociedad actual: este ateísmo que nada niega, pero que tampoco tiene valor para ninguna afirmación resuelta y deci-

dida; este ateismo que finge horrorizarse de la palabra, y mima y fomenta y acaricia la cosa; este ateismo es la lepra que blandamente nos corroe y suavemente nos devora; este ateísmo es el que arrastrará el mundo moderno á desventuras sin ejemplo, si la mano de Dios, misericordiosamente sabia, no acude con prodigios á detenerlo en su desastrosa pendiente. Y todo esto no es en el fondo más que el desconocimiento, ó por lo menos el olvido y falsificación de la doctrina *del último fin*.

Una frase que el Cristianismo ha hecho de uso muy vulgar, pero que en sí es muy filosófica, encierra compendiosamente todo el sistema de deberes que impone al hombre y á la sociedad esta doctrina. Tal es la frase, *servir á Dios*. Servir á Dios es la idea naturalmente derivada del *principio y*

fundamento; servir á Dios es reconocer prácticamente que Dios existe y que todo existe por y para Dios; servir á Dios es lo opuesto al ateismo práctico y doctrinario que hemos indicado.

Pero la idea *servir á Dios* lleva consigo otra que es hija suya; es decir, servirse de todo lo que no es Dios únicamente para Dios. Porque es claro. Si únicamente Dios *es fin* de todo, todo lo demás con relación á El debemos considerarlo únicamente como medio; y hasta lo que es de suyo indiferente, en tanto será bueno en cuanto esté directamente ordenado á aquel fin, y en tanto será malo en cuanto á aquel fin no se ordene. *Servir á Dios* es, pues, en su más genuina y absoluta significación, *servirnos de todas las cosas* únicamente para gloria de Dios y según la ley de Dios.

¡Oh! ¡Qué anchos horizontes se

abren aquí á la filosofía cristiana! Y luego ¡qué vasto campo á las aplicaciones prácticas!

En filosofía Dios es la razón de todo, el fundamento de todo deber y de todo derecho, el criterio de toda verdad, la norma de toda moral. Aquella división tan trillada de deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes, no es en el fondo tal división; no hay en rigor deberes más que para con Dios, porque si los deberes del hombre para consigo mismo y para con sus semejantes no se identifican con este supremo deber, decidnos ¿cuál es su fundamento?

Y si la idea de *servir á Dios* y de *servirse de todas las cosas para El y según El* no preside implícita ó explícitamente á la conducta de cada uno, la sociedad no pasará de ser una reunión

de salvajes más ó menos civilizados, movidos en su conducta, ó por el mero antojo, que es pésimo consejero; ó por el interés egoista, que es peor; ó por el vaivén de las opiniones dominantes, incierto siempre; ó por el temor servil de la ley humana, que es condición ignominiosa y miserabilísima.

Haced, por el contrario, que la idea de *servir á Dios y servirse de todo únicamente para El* presida á nuestros actos internos y externos; ¡qué armonía en la máquina social! ¡qué suavidad en sus movimientos! ¡qué augusta libertad de espíritu en todas sus aspiraciones! ¡cuán noble el mismo acto de obedecer, pensando que al fin á nadie se obedece más que á Dios! ¿Acaso no se ha dicho en este sentido que *servir á Dios es reinar?*

No depende solamente de vosotros, los que esto leéis, establécer en el

cuerpo social esta feliz servidumbre de Dios por medio de la dirección de todos los actos públicos, única y exclusivamente para gloria de El y en conformidad absoluta con sus santas leyes. Debéis, sin embargo, tender á eso, y á eso trabajar con todas vuestras fuerzas, y á eso dirigir vuestras oraciones, para eso utilizar toda vuestra influencia. El reinado social de Dios, tal debe ser la consigna del cristiano en estos tiempos en que la atmósfera de Europa está saturada del odio, ó por lo menos de la indiferencia más criminal hacia este augusto reinado. Mas lo que sí depende de cada uno de nosotros, es que se realice ó no en nuestra conducta propia. Y en esto es tremenda nuestra responsabilidad. Muy á menudo se nos oye lamentar el que no sean cristianas ciertas leyes, al paso que no nos ocurre

deplorar que no lo sea nuestra vida, que es por donde debiera empezar, como más fácil, la extirpación del abuso.

Sirvamos, pues, á Dios. Talentos, riquezas, posición, ascendiente moral, la salud, la vida, son dones suyos. Ladrones somos de Dios cuando, prevaliéndonos del manejo de estos caudales que El nos ha confiado, los aplicamos á fines distintos del verdadero único fin superior para el que quiso El fuesen destinados. Todos los códigos del mundo llaman á eso malversación, todos lo castigan con severísimas penas. No es menos estrecho en esto el código eterno de Dios, ni su sanción menos terrible.

A. M. D. G.